

Reflexiones sobre la crisis del Estado y las luchas sociales

Alberto Arroyo Picard

ESTA COLABORACIÓN NO PRETENDE ser una simple reseña del libro: *Crisis del Estado y Luchas Sociales*, coordinado por Jorge Fuentes y Telésforo Nava y co-editado por la UAM, Porrúa y la LX Legislatura de la Cámara de Diputados.* Lo es, pero a la vez quiero entrar en un diálogo con una de las colaboraciones. Todas las colaboraciones me resultaron estimulantes, pero desgraciadamente el espacio no permite reaccionar a todas y cada una.

1. Empecemos con una valoración del libro como un todo.

Se trata de un libro fruto del trabajo del área de Estado y Movimientos Sociales del Departamento de Sociología, de la UAM-I, pero incorpora investigaciones de muy distintas instituciones de educación superior.

A pesar de estar compuesto por colaboraciones de distintos autores, cada una escrita con independencia, puede decirse que logra una especie de redondez que pocas veces se logra en este tipo de publicaciones.

Otra virtud es la variedad de estilos y formas de analizar la realidad social. Desde las profundas reflexiones teórico-históricas, los estudios de movimientos sociales concretos, hasta lo testimonial en el que el autor deja hablar directamente a los protagonistas, como ocurre en el caso de Jorge Fuentes y su análisis del movimiento indígena mexicano.

Me parece que este libro tiene claramente tres bloques. Uno teórico, el segundo lo componen 6 artículos de estudios de casos concretos de movimientos sociales, y un tercer bloque conclusivo.

Empieza con una interesante reflexión teórica sobre la crisis del Estado mexicano de Raquel Gutiérrez Aguilar, que

* 2007.

la muestra como algo mucho más profundo que la crisis de legitimidad que significó el controvertido proceso electoral de 2006. Se trata de una crisis de la forma del Estado que se había ido conformando en el país a partir de la Revolución Mexicana. Muestra la estrecha relación entre re-estructuración económica neoliberal y la crisis del Estado. Nos hace notar que ésta no tiene a la vista una salida de izquierda y analiza la fuerte crisis de la izquierda partidista mexicana. Situación retomada en la tercera parte por otro autor que analiza la lucha social y la izquierda socialista.

El segundo bloque analiza algunos de los principales movimientos sociales recientes, el movimiento campesino por Cenobio Briones; la lucha de los Braceros por Gloria Benavides; el movimiento indígena por Jorge Fuentes; el sindicalismo universitario por Gustavo López; los trabajadores de la cultura frente al remate neoliberal de nuestro patrimonio cultural por Edna Ovalle. No podría faltar el análisis del movimiento de las mujeres frente al neoliberalismo (que va más allá de verlo sólo como una reivindicación de género). En todos ellos se van analizando sus claro-oscuros, avances y dificultades que a pesar de todo muestran que la esperanza de cambio positivo está precisamente en el movimiento social. El principal reto del movimiento social está en construir una unidad de acción y más a fondo un nuevo proyecto nacional de largo plazo que sea la base para una salida de izquierda a la profunda crisis del Estado mexicano. Se termina con un tercer bloque de dos capítulos que fundamentan la esperanza.

El primero versa sobre la lucha social y la izquierda socialista que permite una reflexión más integral que redondea mucho de las conclusiones de los capítulos anteriores sobre

la crisis del Estado y de la izquierda partidista del primer bloque y todos los del segundo bloque analizan los distintos movimientos sociales recientes. Muestran que la esperanza está precisamente en los movimientos sociales que desde las bases y a lo largo de toda la geografía nacional, no dejan de resistir e ir contrayendo la posibilidad de una salida de izquierda.

El libro se cierra analizando la experiencia del movimiento cocalero de Perú y Bolivia. Se trata de un análisis de un movimiento social concreto. Sin embargo, su lectura después de todos los trabajos anteriores le da un significado que no aborda directamente su autor. El lector finalmente recrea los libros. Se trata de un movimiento que está en el origen de un nuevo tipo de izquierda en América Latina que, sin dejar de ser movimiento social, en el caso de Bolivia deriva en un nuevo tipo de partido de izquierda y que llega al poder en la persona de un indígena: Evo Morales. Me parece que este artículo, sin que se lo proponga explícitamente el autor, de alguna manera redondea en un caso concreto la conclusión implícita del conjunto de colaboraciones: el Estado está en crisis, también muchas de las izquierdas partidistas; pero desde abajo y a la izquierda está surgiendo una izquierda social. Además es simbólico el terminar refiriendo a Bolivia como un presagio del porvenir para nuestros pueblos. Un movimiento social, encabezado por los pueblos originarios y su ancestral sabiduría, puede germinar en una nueva izquierda socialista, llegar al poder e iniciar la construcción de un nuevo tipo de socialismo autóctono.

Por lo anterior, vale la pena leer y analizar este libro como un todo, además de las innegables virtudes de cada colaboración, logra algo que es poco común en libros compuestos por colaboraciones independientes.

2. Son reflexiones, que a mi entender, complementan y dialogan, aunque también hay discrepancias; por ejemplo, con la colaboración de Raquel Gutiérrez Aguilar titulada “Sobre la Crisis del Estado Mexicano”

El ensayo de Raquel Gutiérrez tiene una primera parte teórico-conceptual a la que no me referiré debido al espacio disponible para esta colaboración. Tampoco me referiré, ya que concuerdo con ella, a la tesis fundamental del ensayo, que sostiene que la crisis de la forma estatal no tiene actualmente una salida de izquierda. Pretendo sólo argumentar por qué pienso que la forma de Estado en México entra en crisis bastante antes que 1982 como sostiene la autora. Comparto con ella la importancia de las transformaciones neoliberales como factor fundamental en

la crisis de la forma estatal; diría incluso que dichos cambios minan radicalmente la viabilidad de las formas y relaciones de dominación que fueron creadas en las primeras décadas posteriores a la Revolución Mexicana de 1910. Efectivamente, con el nuevo patrón de acumulación, el sistema de relaciones y formas de dominación anteriores se vuelven imposibles de restaurar; pero considero que la crisis se inicia en 1968 con el gran movimiento estudiantil. De 1968 a 1982 la élite dominante trata de hacer cambios políticos menores buscando restaurar la eficacia del sistema de dominación anterior. Las transformaciones neoliberales no son el inicio de la crisis política, sino su radicalización.

La gran tarea histórica del Estado es tratar de garantizar que las contradicciones del sistema social se mantengan en “los límites del orden”, es decir que no pongan en riesgo el sistema social dominante. Para ello busca amortiguar las contradicciones fundamentales de clases o en todo caso, evitar por todos los medios posibles que lleven a un cambio sistémico. En el caso del capitalismo ello implica una segunda dimensión de su tarea histórica: evitar que las contradicciones al interior de la clase dominante pongan en riesgo al sistema. Esta segunda dimensión se debe a que la burguesía como clase dominante tiene contradicciones, que no por ser secundarias dejan de ser estructurales. La burguesía vive del plusvalor apropiado a los trabajadores y ello le da unidad frente a su clase antagónica, pero su apropiación no depende sólo de las relaciones de explotación capital-trabajo, sino de la competencia inter-capitalista lo que lo enfrenta en la cotidianidad a otros capitalistas. El Estado para mantener el sistema debe también evitar que estas contradicciones secundarias entre la clase dominante entorpezcan el proceso de acumulación de capital.

La forma como el estado mexicano surgido de la revolución de 1910 ha cumplido esta doble tarea histórica es totalmente inviable en el modelo de acumulación capitalista neoliberal; de hecho, la política económica neoliberal mina las bases mismas que le dieron estabilidad durante muchos años. Pero consideramos que la crisis se inicia con anterioridad.

En la diversidad de análisis sobre del movimiento de 1968 hay consenso de que significa un grito por la democracia y contra el autoritarismo del sistema político mexicano. La brutal respuesta represiva, si bien no es la primera vez que el Estado respondía de esa manera, por su magnitud y características es una señal clara de la incapacidad de las formas políticas estatales de manejar la situación. Más aún, el gobierno lo entiende así e inicia una serie de reformas

llamadas “políticas”, aunque en realidad no pasan de ser electorales.

El gobierno entiende que ni las formas institucionalizadas de control o encauzamiento del descontento social, ni las prácticas políticas y los discursos legitimantes, pensadas fundamentalmente para el sector obrero y campesino, tienen capacidad para ser eficaces frente a otros sujetos sociales como es en 1968 el movimiento estudiantil y sus aliados o apoyos. Muy pronto se descubre que tampoco lo son frente al movimiento urbano popular, el cual crece enormemente como fruto de la incapacidad de responder a las demandas sociales generadas por el tránsito de una sociedad mayoritariamente rural a una de creciente y acelerada urbanización. Incluso dentro del sector obrero y campesino, tradicionalmente corporativizado, el sistema pierde eficacia y surge en los 70 una nueva oleada por la independencia y democratización sindical, así como nuevas organizaciones campesinas que en la mayoría de los casos son enfrentadas por la vía represiva.

Desde principio de los 70, el gobierno toma conciencia de ello y busca introducir cambios en el sistema político para poder cumplir su tarea de reproducción del sistema en el largo plazo. Entiende que reprimir y aplastar un movimiento puede ser eficaz en el muy corto plazo para la estabilidad política del sistema, pero no en el mediano y largo plazo.



Coherente con su tarea histórica de buscar garantizar la reproducción a largo plazo del sistema, el Estado diseña una estrategia para encauzar el descontento y contradicciones sociales hacia la vía electoral, ya que piensa que en este ámbito es invencible. Considera que el partido de Estado y el control total de la institucionalidad electoral lo hacen invencible y a la vez, si logra encauzar el descontento por dicha vía, evita que se exprese en las calles o afectando directamente la producción.¹

La estrategia estatal para enfrentar la crisis es compleja y multiforme: reprimir y enfrentar en una guerra sucia a los que optaron por la vía armada después de la matanza de 1968; premiar con dádivas y puestos públicos al sector que acepta la nueva vía de participación política institucionalizada, y cerrazón y falta de soluciones a quienes siguen en la lucha social no institucionalizada como forma de exigir soluciones a sus añejos y crecientes problemas sociales (recordemos que es también en los 70 cuando las altas tasas de crecimiento económico y cierta capacidad de generación de empleo llegan a su fin).

Desde el gobierno de Luis Echeverría empieza una serie de reformas electorales (que se busca presentar como reformas del Estado). Dichas reformas empiezan siendo menores, legalizando partidos, abriendo espacios a las “minorías” en el Congreso, etc. Ello resulta atractivo para algunos sectores políticos que se organizan y fundan partidos. Algunos son promovidos y financiados desde el propio Estado. No obstante, para los mismos partidos las reformas eran insuficientes y la ciudadanía naciente no cree que sea la vía para lograr satisfacer sus demandas y exigen cambios mayores. El Estado se ve obligado a ir haciendo más y más concesiones en las leyes electorales para tratar de convencer que es la vía para “el cambio civilizado”.

En realidad, el Estado hace mucho más que cambios legales, asimila líderes sociales e intelectuales de “izquierda” que empiezan a jugar un papel ideológico en el proceso de convencer sobre las bondades de la vía electoral. Crea, propicia o coopta partidos políticos con discurso social y de izquierda que a su vez incorporan a líderes sociales con candidaturas y luego diputaciones, o en general mediante puestos de elección popular. Por supuesto, esta política de la zanahoria (concesiones o resolución de problemas “gestionados” por los partidos políticos y/o líderes sociales convertidos en funcionarios) es acompañada por su contraparte, la política del garrote. Es decir, represión, no solución y desgaste a los sectores sociales que siguen por el camino de la presión y la movilización social.

Los cambios políticos en las formas de cómo el Estado pretende cumplir su tarea histórica de mantener el orden social vigente empiezan mucho antes que el neoliberalismo. Empiezan como respuesta al movimiento de 1968, antes que este descontento se agudice y alimente por la crisis económica.

Es verdad que el modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones se agotó desde principios de los 70; pero también lo es que los efectos sociales se empiezan a sentir hasta mediados de la década. En la segunda mitad de los 70 hay una fuerte caída salarial, pero a la vez la crisis social no se manifiesta en toda su crudeza debido al auge petrolero. Es hasta 1982 que la crisis económica se expresa en toda su crudeza y la respuesta del Estado son las transformaciones neoliberales que a la vez agudizan el deterioro social.

Los cambios y las crisis tienen muchas dimensiones que están interrelacionadas, pero a la vez tienen ritmos distintos. Consideramos que el neoliberalismo transforma la crisis del Estado, pero dicha crisis se inició antes y por razones políticas.

Poco a poco, la estrategia estatal de encauzar el descontento a la vía electoral va teniendo un éxito relativo. Sin embargo, el neoliberalismo no sólo agudiza el descontento social, sino divide al partido-estado y ello lleva a un fenómeno inédito hasta el momento: un liderazgo confiable para la gente (Cuauhtémoc Cárdenas), una unidad sin precedentes en torno a su candidatura y la participación masiva en las elecciones, llevan a la derrota electoral del PRI que se desconoce vía un fraude mayúsculo. Es decir, cuando por fin la estrategia estatal funciona y la gente participa en la vía electoral no da el resultado esperado por el Estado y cancela dicha vía.

El fraude de 1988 expresa la crisis de la forma mediante la cual el Estado buscó superar la crisis iniciada en 1968. El fraude de 1988, como la represión en 1968, permite mantener el poder, pero no soluciona la crisis. El Estado se ve forzado a cambios electorales más de fondo para re-legitimar dicha vía, pero ello lo lleva a perder el control del proceso electoral, por lo que dicha vía ya le es riesgosa.

La vía electoral logra de nuevo cierta legitimidad 12 años después, en el año 2000, al permitir la alternancia.

Se trataba de una alternancia no riesgosa para el sistema y para la política neoliberal. Pero de nuevo en 2006 la vía electoral es frustrada y entra en un profundo descrédito para una parte importante de la sociedad. La crisis del Estado, entendida como crisis de las formas para lograr la dominación y el mantenimiento a largo plazo del sistema social en su conjunto, no se ha resuelto 40 años después de su gestación.

Sin embargo, a pesar de la crisis de las formas en que el Estado intenta superar la crisis, concuerdo con la autora en que no se ve en el horizonte de corto plazo una salida de izquierda a dicha crisis. La estrategia estatal seguida desde los 70 ha tenido un profundo efecto corrosivo en amplios sectores de las izquierdas partidistas que las incapacita para estar a la altura de las urgentes demandas de cambio de fondo de los sectores sociales. Como muestra el resto de los capítulos del libro con el que dialogamos, la esperanza se funda, no sin sus claro-oscuros, en nuevos movimientos sociales.

3. No hemos pretendido una historia pormenorizada, ni un análisis integral y profundo de esta crisis del Estado. Sólo hemos buscado indicar el por qué de nuestra discrepancia con la afirmación de la autora de que se inicia con el neoliberalismo. Se trata de una discrepancia sólo en este punto, pues compartimos muchos de sus planteamientos.

Por supuesto, estas reflexiones no contradicen la excelente opinión que expresé en la primera parte sobre el conjunto del libro. •

Nota

¹ No pretendemos abordar en sí misma la vía electoral, ni nos referiremos a una reflexión integral sobre la vía electoral con sus posibilidades y limitaciones. Sólo sostenemos que a partir de los 70, el Estado busca una participación acotada y controlada en la vía electoral como una forma de evitar que el descontento se exprese por otras vías y pueda poner en riesgo la reproducción del sistema.

ALBERTO ARROYO PICARD es Profesor-Investigador Titular adscrito al Departamento de Sociología en la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: alberto.arroyo@prodigy.net.mx